



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Pablo Torres Burgos

Acababa de pasar la mascarada con que la dictadura había celebrado sarcásticamente el centenario de la iniciación de nuestra Independencia.

En los suntuosos salones de la burguesía del despojo, de la aristocracia del caciquismo, repercutían todavía los ecos de los sa-raos deslumbradores que, como aquellos celebrados en las mansiones oficiales, recordaban a los “científicos” las fiestas palaciegas de los virreyes castellanos y del donoso emperador fusilado por la plebe en Querétaro, de las que les habían hablado sus abuelos; los pregoneros entonaban todavía los cánticos en loor del “héroe de la paz” y continuaban flexionando la espina dorsal ante el viejo caudillo, cuando Serdán, “aquel paladín de loca audacia, digno del nombre de Aquiles, iluminado por la fe de los verdaderos mártires”, iniciaba en Puebla, el diez y ocho de noviembre, con el sacrificio de su vida, la epopeya grandiosa de la revolución mexicana de 1910.

No fue estéril la sangre derramada en la casona de Santa Clara, ni vano el heroico ejemplo de los primeros mártires: por todas partes repercutió el grito libertario, conmoviendo en sus cimientos el vetusto edificio de la dictadura.

Pablo Torres Burgos fue de los primeros que en Morelos se aprestaron a la lucha; entró en relaciones con los líderes del movimiento en la capital, recibió instrucciones, intensificó la propa-

ganda en su Estado y de acuerdo con Emiliano Zapata, con Gabriel Tepepa, Rafael Merino y otros más, preparó el movimiento armado que se inició el 10 de marzo, al terminar la feria que, año tras año, por la cuaresma, se celebra en la histórica Cuautla.

Aquel grupo de valientes se vió pronto aumentado por los adeptos que ganaba esparciendo por doquiera la fe en el triunfo de su causa y los ideales cuya realización perseguía ya con tanto entusiasmo.

El 24 de marzo de aquel año (1911), la flamante columna de "pronunciados" se apoderó de Tlaquiltenango y de Jojutla, importantes plazas morelenses, en las que se hizo de elementos indispensables para la campaña y las que evacuó en seguida, dirigiéndose hacia los límites de Morelos y Puebla.

Diferencias surgidas al ocupar las plazas mencionadas, entre Torres Burgos, jefe del movimiento por nombramiento que le extendiera la junta revolucionaria maderista, y Gabriel Tepepa, quien encabezaba una de las guerrillas que integraban el núcleo, hicieron que aquél marchara acompañado de dos de sus hijos, por rumbo distinto al que seguían los hombres de Zapata y Tepepa.

Padre e hijos descansaban entre los vericuetos del camino que va de Tlaltizapán a Moyotepec, cuando fueron sorprendidos por un piquete de tropas federales, a cuyo frente iba el capitán Gálvez y allí fue muerto Pablo Torres Burgos.

Honrado a carta cabal, revolucionario sano y de altos ideales identificado con las aspiraciones de los campesinos, cuyos sufrimientos conocía de cerca, pleno de entusiasmo y de confianza en el éxito del magno esfuerzo que significaba la rebelión contra la dictadura de Díaz, fue Torres Burgos uno de los primeros sacrificados en aras de la Revolución que, justiciera, guardará su nombre para cuando sea llegada la hora de las compensaciones históricas.